

—Antes de salir del alcázar,—dijo D. Ruy Diaz,—id á ver á la señora reina, y dadla las gracias, que mucho la debeis, y además yo creo que su señoría tiene que deciros algo.

—Y el Cid se fué, dejando á D. Pero Nuñez maravillado á las puertas del departamento de la reina.

CAPITULO XIV.

De la manera súbita que encontró la reina para quitarse de inconvenientes en su casa, y de cómo el Cid metiéndose en la renta del excusado, se hizo más y más insufrible al rey su señor.

Y de lo que se maravillaba, persistiendo en su equivocacion D. Pero Nuñez, era de que el Cid se entrometiese en aquel asunto que él creia de la reina y suyo, y no acertaba á explicárselo.

Y le iban entrando impulsos así como de considerar al Cid como una cualquier cosa, porque bien claro le habia dicho, que se le figuraba que la reina tenia algo que decirle.

¿Y qué podia ser lo que tenia que decirle la reina?

D. Pero Nuñez estaba á cien leguas ni aún

de sospechar que la menina favorita de la reina era la bella causa de que no le hubiesen ahorcado por el pezcuezo hasta que muriese, como lo había querido el Cid.

Anuncióse D. Pero Nuñez á la reina, y esta se apresuró á recibirle.

Y de tal manera le recibió y con tales muestras de contentamiento, que creció la equivocación de D. Pero Nuñez.

Y se atortoló de tal manera, y de tal manera se perturbó, que cuando tomó las manos á la reina para besárselas le temblaban las manos, y el beso que en la mano diestra de la reina selló no fué el beso de un vasallo real conmedido y respetuoso, sino más bien el beso de un encendido amante.

Encogió la reina la mano é hízose atrás y miró con enojo y con una sorpresa tal, como el asunto lo requería á D. Pero Nuñez, que se había puesto de pié espantado.

Y por fortuna la reina le había recibido á solas, que de otra manera, la extraña equivocación de D. Pero Nuñez hubiera dado escándalo, y Dios sabe á dónde hubieran llegado las consecuencias.

—Yo quisiera saber,—exclamó airada la reina á qué venís,—qué quereis y en qué pensais.

Quedóse hecho una estatua y helado D. Pero Nuñez, y gracias que acertó á decir:

—Yo vengo de agradecido á poner mi vida á las plantas de vuestra señoría.

—Pues en Dios y en mi ánima,—contestó sin apearde de su enojo la reina,— que no se qué tengais que agradecerme, que yo nada he hecho por vos.

Quedóse D. Pero Nuñez sin saber qué decir, mirando á la reina asombrado y con los ojos dilatados.

—No, yo nada he hecho por vos,—repitió la reina, que continuaba en su enojo;—que puesto que yo he intercedido para con el rey, á fin de que éste os perdone y el Cid no os ahorcase, por vos no lo hice, sino por una de mis meninas que tanto os ama, que si vos hubiérais muerto hubiera muerto ella, y yo no queria que muriese.

Por salvar su decoro, metíase la reina en oficios de dueña, y revelaba á D. Pero Nuñez lo que sin aquella ocasion y sin la necesidad de hacer que D. Pero Nuñez no atribuyese á interés suyo lo que había hecho por salvarle, no hiciera: esto es, decirle lo mortalmente enamorada que de él estaba doña Elvira.

Y para acabar de una vez, añadió la reina:

—La persona á quien debeis vuestra vida voy

á mostraros, y dígoos que si no os casais con ella, sois un ingrato y un mal hombre, y que por lo mismo incurrireis en mi enojo y en el del rey mi señor; que si vos dejais que por vos muera desesperada aquella que os salvó, no mereceis otra cosa que el desprecio y el hastío de vuestros señores y del Cid vuestro caudillo, y aún que se os arroje de la hueste como desagradecido y mal caballero. Y concluyamos, que no quiero hablar más de esto; y aquí os quedad y no salgais so pena de nuestra indignacion y del castigo que merecia vuestra inobediencia.

Y salióse la reina sin ceder en la muestra de su enojo, y dejó solo en su cámara hecho una estatua y quebrantado y desesperado y mohino á D. Pero Nuñez de Lara, que se indignaba contra sí mismo por el error en que habia caido, y avergonzabase porque no habia creído ménos sino que de él se habia prendado la reina, como ya se ha dicho, y que llegando á la gloria de unos amores reales, llegaria á ser grandemente aventajado; que el amparo de una reina enamorada no era para tenido en poco.

Habiáanse, pues, desplomado los castillos fantásticos que en el aire habia hecho, y encontrábase comprometido á pagar una deuda de agradecimiento á una mujer á quien no conocia.

Y no así como quiera, sino casándose con ella y viéndose obligado á renunciar á hacer su esposa á Giazul, porque no habia que pensar en que Giazul habia de ser su mujer sin ser su esposa.

Y D. Pero Nuñez se desesperaba.

No creia pudiese haber mujer alguna en el mundo que de tal manera le enamorase y le llenase el alma como Giazul, ni aunque esta mujer fuese la misma hermosísima doña Constanza de Borgoña, la reina.

Todo era confusiones y desesperaciones y turbias cavilaciones en D. Pero Nuñez, que de buena gana hubiera escapado é ídose á la recién conquistada fortaleza de Alfagor.

Pero hábale mandado la reina que en su cámara permaneciese so pena de su enojo y de su grande indignacion, y á salir de ella no se atrevería, ni aun á moverse del sitio donde la reina le habia dejado.

Y estando en esto oyó D. Pero Nuñez una puerta que se abria rechinando, porque en el viejo alcázar hacia mucho tiempo no moraban gentes, y las puertas estaban premiosas.

Y como la reina, aunque galante y amiga de divertirse como buena francesa, no tenia que

ocultar nada, no se habian untado con aceite los goznes para que fueran silenciosos y discretos.

Volvióse todo abispado D. Pero Nuñez al sentir aquellos goznes que chillaban, temiendo que quien por aquella puerta entrase, fuese aquella para él, desconocida doncella (pensando piadosamente) ó tal vez dueña quintañona y hórrida que de tal manera de él se habia enamorado, y se echó á temblar.

Pero vió, que quien entraba no era hembra ni mucho ménos, sino el mismísimo rey D. Alfonso VI en persona, que habia entrado en ganas de echar una conversacion á solas con su mujer, y que no esperando encontrar allí persona extraña y del género masculino, detúvose, extrañóse y puso muy mala cara, y tanto más cuanto vió que aquella masculina persona le representaba al vivo la figura de D. Pero Nuñez de Lara, que sobre tener fama de libertino tenía de ser favorecido en gran manera por las mujeres.

Y pasáronle al rey D. Alfonso VI por la cabeza no sabemos qué cosas ácidas y ásperas que le causaron vahidos.

Y como era hombre de poco aguante, y quitando el Cid, el del peor génio del mundo, miró de una manera sañuda á D. Pero Nuñez de La-

ra, y dando lentamente hácia él dos pasos, díjole:

—¿Y qué es lo que vos haceis aquí, hombre, que hace ya algun tiempo nos encontramos con vos en todas partes?

—Aguardando estoy, señor,—dijo D. Pero Nuñez,—á lo que disponga de mí la ilustre reina vuestra esposa y mi señora.

—¿Y qué es lo que esa señora ilustrísima tiene que disponer de vos?—dijo con la voz algo cascarreña y un si es no es trémula Alfonso VI.

—Háme dicho la reina mi señora, á quien he venido á rendir humildemente homenaje y agradecimiento,—dijo D. Pero Nuñez, que se encontraba no ménos mohino que el rey,— que espere aquí á que venga una, no sé si doncella ó dueña, que yo no la conozco, y que su señoría la reina dice es la que me ha salvado la vida por haberse enamorado de mí; favor y honra grande que yo estoy dispuesto á agradecer en gran manera, señor, pero permítame vuestra señoría que le diga que no me llega la camisa al cuerpo, que yo no conozco ni poco ni mucho á esa señora á quien á lo que parece estoy tan obligado y aquéjame el miedo de que tal sea ella que para con ella no pueda mostrarme tan agradecido como quisiera.

Habia llegado entre tanto por el otro lado á la puerta y toda anhelante y confusa doña Elvira de la Redondela, á quien la reina habia enviado para que á D. Pero Nuñez hablase.

Y otrosí, iba con ella una muy respetable dueña de la reina que escondida debia quedarse en la prevision de cualquier despropósito amoroso, que no tenia dudas la reina de que en cuanto D. Pero Nuñez de Lara reparase en quién era aquella á quien debia el no haber sido enforcado por el Cid, se viese acometido de amorosas bascas; y como no era muy de fiar por audaz y antojadizo D. Pero Nuñez, con escolta aforrada en mongiles habia enviado á doña Elvira, si bien con el propósito de que se quedase emboscada y oculta y no pareciese sino en caso de peligro.

Llegado habia doña Elvira á punto de oir parte de la conversacion que tenian el rey y su caballero, y detúvose y escuchó, que le iba mucho en escuchar lo que D. Alfonso y el amado de su alma hablasen.

Porque acontecia que el rey, que no se iba mucho á la mano respecto á las hembras, y tanto ménos cuando estas hembras eran de una hermosura tan apetitosa y tan principal como la de doña Elvira, habíala buscado las cosquillas y

obligádola más de una vez á enojarse y á amenazarle con dar cuenta á la reina de sus atrevimientos.

Súpole á diablos al rey cuando supo que la reina habia dejado allí á D. Pero Nuñez para que á doña Elvira esperase y con ella se entendiese y sin poder tenerse, porque su génio era poco sufrido, exclamó:

—¿Y quién mete á la reina en que vos conozcais ó no conozcais á la hermosa dama, á la sin par doncella, á la que debéis no estar ya en sitio donde pronto os nacerian malvas sobre el cogote? Ea, idos de aquí, que yo os lo mando, y marchaos á la fortaleza de Alfagor, que habeis ayudado á conquistar, que en esas conquistas yo os quiero y no en otras, D. Pero Nuñez; y tengamos la fiesta en paz, y hágase lo que yo mando, y no volvais á parecer por mi córte sino cuando yo os llamare.

-- Pues no ha de ser,—dijo la reina apareciendo á punto de detrás de un tapiz,—que puesto que D. Pero Nuñez no merezca que por él ni vos, señor, ni yo nos interesemos, á tal punto han llegado las cosas que ya no hay medio sino que D. Pero Nuñez con mi buena doña Elvira de la Redondela se case; bien entendido, que he mandado llamar al abad de los benedictinos pa-